



NUEVO, Y DISCRETO ROMANCE, QUE DECLARA
 la peregrina Historia de la Gitanilla de Madrid, y de la suerte
 que la robó una Gitana en la Ciudad de Zaragoza, y los
 varios sucesos, que le sucedieron, como se
 verá en esta

PRIMERA PARTE.

PUBLIQUE á voces la Fama
 por los Reynos mas remotos
 la mas peregrina historia,
 el caso mas prodigioso,
 el mas extraño prodigio,
 el suceso mas heroyco,
 que jamás suceder pudo
 desde Adán hasta nosotros.
 Oygan los que amantes finos
 son prisioneros dichosos,
 sujetando su alvedrio
 á los lances peligrosos,
 que resultan muchas veces
 de los hechos amorosos.
 No quiero pasar el tiempo

en frases, ni en episodios,
 sino pasar al asunto,
 que es digno de ser notorio;
 y así voy á dar principio,
 atención, noble Auditorio.
 En la mas célebre Patria
 de quantas el claro Apolo
 por todo quanto penetra
 circundan sus hebras de oro,
 que es Zaragoza la bella,
 cuyos timbres no remonto,
 porque por mucho que diga,
 siempre quedaré muy corto:
 en este jardin, ó parque,
 residia un poderoso

Conde, de muy alta esfera,
y de grande patrimonio,
casado con una Diosa,
igual á su sér en todo.
Vivian con mucho gusto,
en quietud, paz, y reposo,
solamente deseaban,
por hallarse populosos
de bienes, un sucesor,
para que con este lógro
se coronasen las dichas
de este feliz Matrimonio.
Con este deseo, pues,
hicieron los dos esposos
á la Soberana Madre
de Dios Todo poderoso,
Virgen Santa del Pilar,
una promesa gustosa,
diciendo, que si le graban
sucesion para su abono,
le harian un Novenario
de fiestas muy suntuoso,
de Misas, y de Sermones,
juegos, torneos, y toros.
Hecha, pues esta promesa,
pasaron dias muy pocos,
quando la hermosa Condesa
amaneció en cinta, y todos
fueron gustos, y placeres,
de grande alegría asomos.
Pasados los nueve meses,
sacó á luz un prodigioso
extremo de la belleza
en una Niña, que solo
se esmeró el Cielo en dotarla
de perfecciones á colmo.
No refiero los festines,
que celebró el Conde heroyco,
que será gastar el tiempo,
y cansar al auditorio:
digo, pues, que recibió

de los Nobles muy gustoso
los parabienes, y fué
todo placer, gusto, y gozo.
Criaron la hermosa Niña,
siendo el espejo de todos,
hasta dos años cumplidos;
quando el Conde muy gozoso,
determinó celebrar
al Simulacro precioso
de la Virgen del Pilar
el Novenario, y ansiosos
buscaron Predicadores
inteligentes, y doctos,
y los Musicos mas diestros,
grande prevencion de todo.
Llegó el dia señalado,
quando de todo el contorno
á Zaragoza acudió
un concuiso numeroso;
llegada que fué la hora,
con muy costosos adornos
el Conde, y su Esposa parten
para el Templo milagroso.
Iba la Dida tambien,
llevando en sus brazos propios
la Niña, por quien se hacian
estos obsequios honrosos.
Era tan grande el tumulto,
que les era muy costoso
el poder cruzar las calles,
por el gentio copioso.
Iban el Conde, y la Condesa
mano á mano, ombro á ombro,
la Dida tambien con ellos,
y los Pages; pero todos
con tal gusto, que en sus pechos
no cabia el alborozo;
pero ay Dios! y qué fingidos
son de este mundo enganoso
las glorias, y los contentos!
qué poco durán! qué poco!

qué bien dixo aquel que dixo,
que quando es mayor el gozo,
suele ser mayor la pena,
que sobreviene a los ojos.
Quién havia de decir,
que un día tan suntuoso
se havia de reducir
á pena, llanto, y asombro?
Así, pues, oyentes míos,
sucedió, y fué de este modo:
que yendo los dos consortes
para el Templo mysterioso,
con toda su comitiva,
muy alegres, y gozosos,
entre el confuso bullicio,
sin saber quando, ni cómo,
una Gitana llegó,
que sin duda fué un Demonio,
y a la Dida de los brazos
hurtó el precioso tesoro
de la Niña, y muy velóz
huyó por medio de todos,
sin que persona ninguna
reparara en este robo,
que siempre en lances como éste
suelen ser ciegos, y sordos.
La Dida muy afligida,
con suspiros, y sollozos
le dió parte á la Condesa.
Considere aquí el curioso
qual quedarían los Padres
oyendo este lastimoso
suceso tan lamentable:
quedaronse muy absortos,
y de la pena en el suelo
cayeron los dos redondos
con un fatal accidente,
causando grande alboroto.
Los pages que acompañaban
á los queridos Esposos,
confusos, y atribulados,

viendo el caso lastimoso,
en brazos les conduxeron
al Palacio, y cuidadosos
buscaron Medicos salios,
que diligentes, y ansiosos
aplicaron los remedios
que juzgaron por mas propios;
y con estas diligencias,
aunque con grandes sollozos,
volvieron en sí los dos,
mas con llanto tan copioso,
que el corazon parecia
deshilaban por los ojos.
La Condesa suspiraba,
y con ayes dolorosos
decia: querida prenda,
á quien con el alma adoro,
pedazo de mis entrañas,
de mi casa espejo hermoso,
dónde estarás, hija mía?
quién te dará algun socorro?
El Conde tambien lloraba
como Padre, y congoxoso
hacia dos mil extremos,
y con cuidado zeloso
hizo varias diligencias,
despachando muchos Propios
por diferentes caminos;
pero fue dificultoso
hallar consuelo, pues nadie
travó el indicio mas corto,
como si hubiera caido
en el mas profundo pozo.
Aumentose la congoxa,
creció el llanto doloroso,
duplicaronse las penas;
y aquí, Lector, es forzoso
dejarlos en este estado,
porque tan grandes ahogos,
los padres que tienen hijos
pueden contemplarlo solo

mientras vuelvo á la Girana,
que con paso presuroso,
asi que al alto llegó,
en donde estaban los otros,
despojó la tierna niña
de los vestidos costosos,
y dentro de un cofrecillo
con gran cuidado guardólos,
y vistió de Gitanilla
aquel Angel prodigioso.
Aunque afligida lloraba,
con alhagos cariñosos
la consolaron, y en fin,
partieron de allí muy prontos;
anduvieron por Provincias,
y Países muy remotos,
criandola á sus costumbres,
y esmerandose en un todo,
en enseñarla á danzar,
y cantar versos sonoros.
Dieronla á entender, que aquella
era su madre, y su esposo
era su querido padre,
y la inocente creyólo.
Creció en la edad, y era tal
la belleza de su rostro,
que pudo rendir á quantos
miraban su cielo hermoso.
Salió en el danzar tan diestra,
que era admiracion de todos,
y en un Salterio en las manos
tañía tan primoroso,
que si la voz entonaba,
elevaba el Auditorio;

dudaban si era algun Angel,
por lo agradable, y graciosos;
en fin, tan privilegiada
era del Cielo en un todo,
que por su fama lograban
hospedages muy honrosos;
su habilidad celebraban
donde quiera los mas doctos.
Yendo, pues, por varias tierras,
llegaron adonde el Solio
tiene nuestro gran Monarca,
y entre aquellos poderosos
Duques, Condes, y Marqueses,
en los saraos famosos
se introduxeron, y tuvo
su habilidad tanto abono,
que á mas de adquirir la fama,
logró regalos preciosos.
Tanto su fama boló,
y se estableció de modo,
que llegó al Rey la noticia,
el qual, viendo los apoyos
con tanto encarecimiento,
fué de verlo deseoso,
y á dos Grandes les dió orden,
que de la noche á las ocho
ante su Real presencia
la traygan, sin que haya estorvo.
Paremos en este punto,
noble, y discreto Auditorio,
que Vicente Benavente
promete darle al curioso
en otra segunda parte
largas noticias de todo.

F I N.

Con licencia: En Madrid: En la Imprenta, y Libreria de Andrés de Sotos,
calle de Bordadores, frente de San Ginés, donde
se hallará.

LA GITANILLA DE MADRID.

EN ESTE SE REFIERE , COMO ANDANDO por la España , vinieron à parar à Zaragoza, y en manos de la Justicia , por un falso testimonio , y estando sentenciada à horca , se descubrió ser hija del Virrey , sin otras particularidades.

SEGUNDA PARTE.

YA díxe como mandó el Rey , que ante su presencia aquella proxima noche traxesen la hermosa Estela, que este fué el nombre que tuvo aquella beldad suprema. Cumplióse el Real mandato con muy grande diligencia; entro por el Real Palacio, subió , y con mucha destreza hizo los acatamientos ante la Magestad Régia, y postrandose à sus plantas, sus Reales manos besa, diciendole: Gran Señor, à quien Dios por su clemencia prospere felicidades, y aumente la Real Diadema, a vuestras plantas me rindo, sujeta à vuestra obediencia, aunque indigna, y os suplico perdonéis mi inadvertencia. El Rey mandó que al instante un sarao se dispusiera: ordenóse , y con tal arte se portó la bella Estela, que quedó admirado el Rey, aficionada la Reyna, apasionados los Grandes,

y todos à competencia le rendian los aplausos, vitores , y enhorabuenas. Dixo el Rey , que este sarao à la noche venidera se havia de proseguir, que era gusto de su Alteza, y le dió de regalía diez mil escudos à Estela: Acabóse la funcion, quando sagáz , y discreta, haciendoles el cortejo, pidióle al Rey la licencia para partirse , y de todos se despidió con prudencia. Quedaron muy admirados de su docta inteligencia; pero el Conde de Valverde, que con mayor advertencia atendia à sus acciones, y habilidades diversas, quedó tan apasionado, que si bien se considera, se le transformó el festin en un pielago de idéas; en un bethsuvio amoroso, principio de sus tragedias. Hallabase tan prendado, que sentidos , y potencias

voluntariamente ofrece,
sin que arienda á su nobleza;
porque el amor tarde, ò nunca
en el desdoro contempla.
Vino la siguiente noche;
y si bien en la primera
se portó Estela, parece
que en la segunda se empeña
á que con admiraciones
celebren su gentileza;
siendo para el Conde como
el que añade al fuego leña.
Prosiguió, en fin, muchas noches,
siendo en cada una de ellas
un prodigio los aplausos
que logro, con que la Reyna,
viendo del Rey los extremos,
empezó á formar sospechas,
y se trocó su aficion
en zelos, que le atormentan;
y para salir de dudas,
y dár fin á sus quimeras,
dió orden, secretamente,
que de la Corte salieran
Estela, y su compañía,
sin que un punto se detengan,
so pena de su desgracia.
Supieronlo, y con presteza
ordenaron su partida
con notable diligencia.
Llegó al Conde de Valverde
la noticia de esta ausencia,
el qual instantaneamente
pidió, que se detuvieran;
pero le satisficieron
diciendole, que era fuerza
salir luego de la Corte,
que su Magestad lo ordena.
Quedóse pasmado el Conde;
pero como considera,
que dentro su corazon

se quedaba Estela impresa,
decia consigo mismo:
Si este lucero se ausenta,
quién dará alivio á mis ansias,
y á mis pensamientos treguas?
quién ha de poder vivir
sin gozar de su presencia?
Conde soy, y ella Gitana;
mas qué importa que lo sea,
acaso seré el primero,
que desluce su nobleza?
Dios fue quien me crió Conde,
y á ella en tan baxa esfera;
pero tambien puede ser,
que esté viviendo encubierta:
y en fin, sea lo que fuere,
yo no puedo estar sin ellas;
donde ay amor, no ay reparo,
amarla, ò morir es fuerza.
Llamó aparte al que juzgaba
padre de aquella belleza,
y le dixo: Señor mio,
yá que la fortuna adversa
de esta suerte lo ha ordenado,
es preciso que usted sepa,
como estoy determinado
(sin lisonja en la materia)
á ser dichoso marido
de la bellissima Estela.
A que respondió el Gitano:
Señor, mire su Excelencia,
que de una á otra parte
es mucha la diferencia,
y aquesta desigualdad
puede suceder que sea
motivo de arrepentirse,
quando remedio no tenga;
no faltan en esta Corte
Damas á su igual esfera,
y así puede refrenar
esa loca pasion ciega.

Dixo

Dixo el Conde: No es posible,
porque si posible fuera,
no llegaría a tal extremo,
ni en tal confusion me viera.
Replicó el Gitano, y dixo:
Pues si el amor que profesa
su Excelencia es verdadero,
se ha de examinar la prueba,
para quedar satisfechos,
y ha de ser de esta manera:
que si pretende lograr
lo que su afición desea,
se ha de venir con nosotros,
vistiendo nuestra librea
dos años; corriendo el mundo,
y sabrá por experiencia
nuestro modo de vivir;
y si al cabo se contenta,
luego puede disponer
lo que de su gusto sea.
Aceptó el Conde el partido,
que el amor mucho atropella,
y luego instantaneamente
todos sus estados dexa
en manos de un tío suyo,
diciendole, que se ausenta
de la Corte en gran secreto
a cumplir una promesa.
Vistiose, en fin, de Gitano;
(qué caro el amor le cuesta!)
trocó su Palacio rico,
su regalo, y asistencia
en un miserable esrado,
como el que se representa;
quien era Conde en la Corte,
adornado de Grandeza,
se vé en trage de Gitano,
que es la última miseria;
quien blandas camas tenia,
que al cuerpo descanso dieran,
ahora diversas noches

en el campo; a la inclemencia
del tiempo, se vé abatido,
sin que remediarlo pueda;
pero nada siente el Conde,
todo con gusto lo lleva,
porque a vista de quien ama,
todo es gloria, nada es pena.
Cumplidos veinte y dos meses
cabales, por buena cuenta,
llegaron a un Lugarcillo,
de Zaragoza dos leguas,
y en un Meson se hospedaron,
que así lo quiso la estrella.
Tenia este Mesonero
una hija, que en belleza
pudo competirle a Venus
y enamorada, y resuelta
del Conde, nuevo Gitano,
le hacia dos mil finezas;
pero viendo, que no hallaba
alguna correspondencia,
determinó declarar
la pasión, que la atormenta:
él se defendió, diciendo,
que a su amor freno pusiera,
porque no le convenia;
y ella porfiaba necia,
diciendo, con él se irias
y viendola tan resuelta,
el Conde la desengaña:
quiso tomar de él venganza,
mas viendo que la desprecian,
en su mochila le encierra
todo un servicio de plata,
y quando estuvieron fuera,
dixo á su padre, que falta
la plata, que dicha queda.
Fuese el padre á la justicia,
salieron mas de quarenta
hombres, y los alcanzaron,
registrandolos, encuentran

las prendas, con que el Alcalde,
falto de toda prudencia,
los ultrajó de palabras,
y alzó la mano violenta
para darle un bofetón
al Conde, mas con fiereza
de una cruel estocada
yerto cadaver le dexa.
Por fin, fueron á la Carcel,
y con grillos, y cadenas
al otro siguiente dia
á Zaragoza los llevan.
A este tiempo el que era padre
legítimo de esta Estela
se hallaba siendo Virrey,
y fue quien dió la sentencia,
de que ahorquen los Gitanos;
y en este tropel de penas
iban las pobres Gitanas,
suplicando a la Virreyna
intercediese piadosa
huviese alguna clemencia,
mas no pudo conseguirlo;
y viendo que el plazo llega
de entrarlos en la Capilla,
y que remedio no encuentran,
la que hasta entonces fue madre
fingida de nuestra Estela,
de la Virreyna á las plantas
se postró, y su mano besa,
diciendola: Gran Señora,
como el perdon me concedas,
os declararé un enigma,
que puede ser de que sea
de gran gusto; y ella entonces
deseosa de saberla,

la perdonó; y la Gitana
la dió por extenso cuenta
de todo lo referido,
diciendola, como era
su hija la que miraba,
y para prueba le enseña
los vestidos, que guardaba
en el cofre; y viendo cierta
la novedad, del contento
quedó desmayada en tierra.
En esto acudió el Virrey,
y buelta en sí la Virreyna,
le dió cuenta del suceso,
y tambien declaró Estela,
como el que estaba en la carcel
de muerte con la sentencia,
era el Conde de Valverde,
que ha de casarse con ella.
Todo fue gusto, y placer,
fueron, y lo echaron fuera.
El Conde dió su descargo,
y quedó como quien era;
y á los Gitanos les dieron
bienes, con que mantuvieran
decentemente su vida,
y luego las bodas celebran.
Supose en la Corte el caso,
de lo qual muchos se alegran,
y á la Virgen del Pilar
la hicieron solerms fiestas
en hacimiento de gracias
de esta dicha placentera.
Y Vicente Benavente,
de esta gustosa novela
concluye la relacion
critica, curiosa, y nueva.

F I N.

Con licencia: En Madrid: En la Imprenta, y Librería de Andrés de Sotos,
calle de Bordadores, frente de San Ginés, donde
se hallará.